

## Una profesión, un compromiso.

En primer lugar, quisiera agradecer a la organización de estas jornadas, a la Universidad Miguel Hernández y al Ayuntamiento de Altea, la oportunidad que me brinda de dirigirme a ustedes y compartir unos minutos de nuestro tiempo, para hablar de una vieja i entrañable profesión, la del teatro.

En segundo lugar, mi agradecimiento a todos los profesionales de la escena, que desean hacer del teatro una opción de vida, porque con ello, pueden ayudar a darle a nuestra sociedad y a nuestro tiempo, una mayor carga de dimensión humana, de la que andamos algo escasos.

Se dice, que el teatro, camina, o debe caminar, de la mano del tiempo y de la sociedad a la que sirve y por ello, me propongo una rápida mirada sobre lo que ha sido, en el mundo occidental, la evolución de un siglo, que a punto de despedirse, deja tras de sí una infinidad de vertiginosos avances en la técnica, pero una más que dudosa herencia en lo social.

Podríamos convenir que el siglo XX ha transcurrido, sujeto a una innegable radicalidad, fruto de los acontecimientos bélicos y de sus consecuencias políticas, que han marcado los posicionamientos de las grandes potencias, dividiendo el mundo en dos bloques, claramente diferenciados y antagónicos, que obligan a radicalizar las posiciones respecto a los modelos sociales, que de alguna manera obligan a su vez, a estar con ellos o contra ellos.

Prácticamente, desde la primera guerra mundial, hasta la caída del muro de Berlín, y el desmantelamiento del bloque de los llamados países del este, pocos matices se podían establecer en el momento de determinar una posición responsable ante los modelos de organización política, que comportaban indispensablemente, una propuesta social muy concreta y diferenciada.

Entre el socialismo y el capitalismo; entre la izquierda y la derecha; entre lo blanco y lo negro, no se observaban espacios intermedios para situar opciones alternativas, en el caso de que existieran.

Podríamos considerar que el siglo XX, ha transcurrido en su mayor parte entre radicalidades, que por una parte favorecían actitudes definidas, pero por otra, no admitían márgenes de interpretación.

Esta situación sufre un vuelco, y los acontecimientos políticos de la última década, transforman totalmente las reglas del juego, mostrando un panorama totalmente distinto.

El modelo socialista occidental se derrumba y entra en cuestión, dando paso a una hegemonía capitalista de corte liberal, que enmarca nuevos modelos sociales, protagonizados por la consecución del llamado estado del bien estar, y presididos por el concepto de globalización.

Una gran mancha de aceite pretendidamente igualadora comienza a extenderse, y la uniformidad parece planear peligrosamente, caminando hacia un modelo inconfesado por algunos sectores de indiscutible capacidad de decisión política.

A mi modesto entender, podría utilizarse este breve análisis, para que cualquier profesional del teatro inquieto comience a plantearse su posicionamiento – si es que no la ha hecho todavía- ante unos modelos sociales establecidos, que se transforman en función de una gran cantidad de variables, entre las que se debería contar con la intervención de los agentes culturales, de los que formamos parte y que nos carga de responsabilidad, siempre que entendamos el teatro como una herramienta con capacidad transformadora de las personas y de su entorno.

Aquí es donde pretendo situar el concepto de compromiso profesional.

Para que este compromiso sea efectivo será necesario, que la actividad profesional, transcurra lejos de los destellos cegadores de la fama, y del éxito entendido como reconocimiento social. Lejos de la superficialidad y renunciando a toda tentación de frivolidad, sin dejarse avasallar por el marketing ni las leyes del mercado.

¿Estamos pues, ante una profesión que requiere una actitud de sacrificio y renuncia como si se tratara de una severa orden monacal, dispuestos a sumir una acción de apostolado?

Rotundamente, no.

Estamos simple y llanamente ante una profesión vocacional, ni más, ni menos. Con todo lo que ello comporta de satisfacciones, y también, de frecuentes incomprensiones y desánimos.

Es evidente que el objetivo de cualquier profesional del teatro es el de hacer teatro, y para ello, deberá tener claro cual es el sentido de este término, que contiene diversas acepciones, tanto formales como de contenido.

Indiscutiblemente que el teatro es un edificio, es una representación pública, es una literatura destinada a ser representada, es un conjunto de obras dramáticas... pero es también y esencialmente una herramienta, una herramienta de transformación social. Es tan solo bajo esta consideración, que podemos entender su valor transformador, y en consecuencia, el valor de la actitud de los agentes generadores del hecho teatral.

Muchos son los profesionales del teatro que se han preguntado sobre el sentido del mismo, y muchas son las respuestas, o las dudas, que han manifestado en la búsqueda de esa esencia del teatro.

El eminente sociólogo francés Duvignaud, en su libro *Sociología del Teatro*, manifiesta, que esa esencia, depende del grado de inserción del teatro en un tipo de sociedad, del papel que juega en ella, y de la cualidad de la imagen de la persona humana que aporta.

El director, Peter Brook nos dice en su libro *El espacio vacío*, que el hecho teatral se produce en el momento que alguien camina por un espacio vacío, mientras otro le observa. Pero también dice que cuando hablamos de teatro no queremos decir exactamente esto. Telones, focos, risas, oscuridad, se superponen confusamente en una desordenada imagen que se expresa en una palabra útil para muchas cosas.

La revista francesa "Travail Théâtral," publicó en su primer número un manifiesto, firmado por el comité de dirección, que se expresaba en el sentido de considerar, que el teatro no es un fin en sí mismo, y lo examinaba como un trabajo específico, como un producto histórico transitorio, que se ha de entender en función de su predisposición a intervenir sobre la evolución de la sociedad, y a ayudar a los espectadores a ver y a comprender su propia realidad.

Otro gran director, Antoine Vitez, admite que el teatro pueda ser un espejo, un prisma, susceptible de ayudar al espectador a reflexionar sobre la visión del mundo, pero no cree que pueda contribuir a conducir los engranajes productivos de la sociedad, ni a intervenir a su evolución. Prefiere hablar más del sentido de su trabajo que de su utilidad.

Un significado hombre de teatro de este siglo, Giorgio Strehler, muestra su perplejidad ante la pregunta que es el teatro, y se confiesa incapaz de definirlo, si bien, lo que tiene claro es que sabe hacer teatro lo mejor que puede, día a día, a lo largo de toda una vida. Cree tener interiormente clara una idea, de una cierta manera de verlo y de realizarlo. Utiliza como ejemplo para hacer comprender esta imposibilidad, la cuestión planteada en la poesía y la encuentra en la respuesta que Lorca daba. Sabía lo que era poesía antes de escribirla. Después solo tenía el recuerdo de la poesía. Decía no saber que era la poesía, tan solo sabía lo que podía ser.

Strehler, intenta aclarar algo más su posición, recordando una anécdota de B. Brecht, que en un ensayo, después de que un actor le diera toda suerte de explicaciones sobre su personaje, sus reacciones, sus ideas y sus conceptos, le dijo: " Muy bien, pero ahora suba al escenario y hágalo, en lugar de hablar tanto."

Podemos convenir, que como mínimo resulta complejo encontrar una definición del hecho teatral, y llegar a determinar esa esencia del teatro que podría residir, ya no en la manera de entender el hecho escénico, si no en la de

entender la cultura e incluso en la de entender el mundo, o mejor dicho, el modelo de mundo en el que cada uno puede creer.

Así de rico y plural considero el hecho teatral, y así me gustaría seguir contemplándolo.

Ante esa complejidad y esa multifuncionalidad del término teatro. Ante tan autorizadas opiniones. Ante tanta variedad de matices, uno se hace la pregunta y no se atreve a cometer un acto de inmodestia intentando darle respuesta. Lo que sí me atrevo, y con ello corro un riesgo (termino inseparable de la profesión teatral), es a dar mi visión. A intentar explicar que significa para mí el teatro, sin querer con ello definirlo, simplemente respondiéndome a mí mismo y dándole aquel sentido que a mí y para mí parece válido. A intentar aportar, modestamente, elementos de reflexión en voz alta y por tanto espero que compartidos.

Inicié hace ya algunos años un viaje por un espacio de libertad, inventado por el hombre hace más de dos mil años, que permite transitar por las inquietudes que distinguen al ser humano, como alguien preocupado por su entorno, conflictivo y hermoso, por lo que tiene de plural y diverso.

Descubrí una magnífica herramienta con capacidad transformadora, a la que antes he hecho referencia, un espejo para la reflexión, un testigo de su tiempo que camina junto a la sociedad a quien sirve, un punto de partida para conocer más y mejor nuestra realidad inmediata, un estímulo de nuestra imaginación, un espacio de confrontación donde conocernos mejor a nosotros y a los demás, un elemento que nos permite ser más generosos, más tolerantes y más libres, lejos de la sumisión. Algo que nos ayuda a ser capaces de posicionarnos, ante aquellas circunstancias, en que la cobardía, la injusticia, la desigualdad y la mentira son el marco en el que se desarrolla nuestra actividad, aun que sea a pesar nuestro.

En definitiva, algo que nos hace comprender, que es necesario mantener en la vida una posición activa, que se aleje de la actitud pasiva que acerca a la permisividad de lo acomodaticio.

Esta es evidentemente una lectura personal, porqué ese viaje por los espacios de la libertad puede conducir a muchas otras conclusiones y a muchas claudicaciones. El camino está abierto, y el modelo social en el que nos movemos parece querer favorecer las actitudes que no cuestionan el orden establecido a partir de parámetros conformistas, disfrazados bajo el concepto del estado del bienestar.

A menudo, en este correr frenético hacia ninguna parte, olvidamos y confundimos muchas cosas.

Contemplamos impasibles la retransmisión por televisión de una guerra en directo, donde miles de seres humanos sufren la violencia, y pagan con sus vidas, las ansias de poder de aquellos que tienen la fuerza, y no precisamente de la razón.

Admitimos que se construya un mundo, a partir de conceptos economicistas, en lugar de hacerlo bajo conceptos sociales. Así nace, impasible, la Europa de la banca en lugar de la Europa de las personas.

Permitimos que los medios de comunicación respondan a los intereses del poder económico.

Las actitudes personales de servicio, se contemplan como posiciones de infantil ingenuidad.

La rentabilidad de la cultura, y de la acción pública en general, se basa en los resultados de prestigio, mas cuantitativos que cualitativos, alejados de la acción social.

Nos ayudan a confundir los medios con los objetivos.

Cuando todo esto es así, y no usamos este espacio de libertad llamado teatro, para cuestionarlo y denunciarlo, lo estamos convirtiendo en un espacio para la cobardía y el conformismo.

Esta es una cuestión, que cada uno de nosotros debe resolver, por coherencia y por responsabilidad. Trabajamos para alimentar un teatro complaciente de corte palaciego, que cante las excelencias de un sistema de vida situado en el conformismo y damos el visto bueno a un marco social claramente mejorable, o por el contrario, nos situamos, en el compromiso, ante todo aquello que consideramos cuestionable, para responder desde la generosidad, a aquellas preguntas que nos preocupan y que tienen que ver con la condición humana, o para plantear aquellas a las que no encontramos respuesta y que quizás no la encontremos nunca.

¿Estamos dispuestos a ayudar a fomentar un teatro, entendido básicamente como un sinónimo de entretenimiento, y a admitirlo únicamente como formula de evasión?

Si la respuesta es afirmativa, no duden ni un momento, se están apuntando al carro del teatro complaciente.

Pero si por el contrario creen que el teatro debe caminar por los espacios de los valores, del dialogo, del conocimiento y la información, de la creatividad y la búsqueda. Por el de la participación y la innovación, tampoco lo duden su sitio está al lado del teatro comprometido. Comprometido con uno mismo y comprometido con su tiempo.

No quisiera terminar esta intervención, dejando la sensación, que mi concepto de la profesión teatral, conlleva necesariamente una actitud de grave

trascendencia, muy al contrario. Estoy totalmente de acuerdo, con un gran hombre de teatro de nuestro país, José Sanchis Sinisterra, cuando dice que los creadores no deben renunciar nunca al juego, que no debemos asesinar al niño que llevamos dentro y que la actitud lúdica es esencial en la vida como antídoto al fanatismo, a la trascendencia, a la solemnidad y al dogmatismo. El juego tiene que ver con el sentido del humor. El juego es, en la raíz del teatro, como una cosa placentera.

Cuenta, Sanchis Sinisterra, que un día su nieto le preguntó que era el teatro y no supo que responderle, pero más tarde pensó que cuando se lo vuelva a preguntar le responderá que: "es una gente que juegan para que otros les miren."

Desde aquí, invito a todos los profesionales de la escena, a que jueguen a este juego del teatro, inventándose las reglas cada día, y que lo hagan desde la pasión y el compromiso, pensando que caminar hacia la utopía es una forma de entender la vida, en definitiva una forma de acercarse a lo inalcanzable. Si es así estoy seguro que mientras me queden fuerzas, me encontraré a muchos compañeros por el camino, y podremos comprobar que no estamos solos.

Joan Maria Gual  
Altea, Agosto de 1999